

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.
(Rom. IV).

Fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.

1. Jesucristo, dice san Bernardo, es un Dios, pero un Dios salvador, que quiere pertenecernos enteramente, y cuya gloria y beatitud debieran por lo mismo aplicárenos, lo mismo que sus humillaciones y sufrimientos: *Totus in usus nostros expensus*. Si Jesucristo resucita, prosigue el mismo, es para... La resurreccion del Salvador es el fundamento de nuestra fe, es la regla de nuestras costumbres.

2. Necesitábamos un ejemplar, dice san Juan Crisóstomo, por el cual pudiéramos formarnos, etc. Á esto ha provisto Jesús con su gloriosa resurreccion.

3. El pecado del primer hombre consistió en querer parecerse á Dios: *Eritis sicut Dii*... Dios le obligó á santificarse por aquello mismo que le habia hecho criminal... ¿Cuál es el estado en que quiere el Hijo de Dios que nos parezcamos á él? El de su resurreccion.

4. *Quomodo Christus surrexit à mortuis*, dice el Apóstol, *ita et nos*, etc. Estas palabras, dice san Juan Crisóstomo, no son una simple instruccion, sino que nos dan á entender los designios y voluntad de Dios... Tertuliano llamaba á los pecadores convertidos *Appendices resurrectionis*... Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos tambien nosotros: *surrexit Dominus vere*. Se apareció despues de resucitado, para que, convertidos ya, nos aparezcamos á él para gloria suya, libre y espontáneamente: *et apparuit Simoni*... Es preciso convertirse y presentarse como así: *Surrexit et apparuit*.

Primera parte: Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos tambien nosotros.

5. *Consepulti sumus cum Christo per baptismum in mortem; ut quomodo surrexit*, etc... No os admireis de que Jesucristo se interesase tanto en probar su resurreccion..., porque sabia bien, dice san Juan Crisóstomo, la obligacion que nos imponia de resucitar á la vida de la gracia...

6. Estas palabras: *Surrexit vere*, condenan tantas y tantas conversiones imaginarias, que... Todos hemos celebrado la resurreccion del Salvador, pero yo no sé si...

7. La Penitencia es, segun los santos Padres, el Sacramento de la resurreccion de los pecadores... Hasta en él mentimos... aborreciendo de palabra lo que amamos de corazon... Mentimos á Dios... Mentimos al mundo... Mentimos á nosotros mismos... ¡Ah! cuántas fantasmas de conversion... ¡Cuántas!... ¿Es esto parecerse al Hombre-Dios resucitado?... La conversion verdadera es de corazon y sin disfraz, una conversion sobrenatural cuyo principio, fin y objeto sea Dios.

8. Conversion sincera y sin disfraz. ¿Á qué fingir?... No debemos celebrar esta fiesta con la levadura de disimulacion y malicia... *Non in fermento veteri*... Y ¿por qué? Porque el Señor mismo habia dicho que...

9. Por lo comun una levadura de pecado nos impide resucitar en espíritu... Nos reconciliamos..., pero nos queda...; rompemos una amistad criminal, pero... *Expurgate vetus fermentum*...

10. Conversion sobrenatural. ¿Qué valor pueden tener?... Nos alejamos del mundo por un despecho secreto... Es preciso que nos anime un principio sobrenatural... Léjos de mí, decia el Apóstol, esa falsa justicia... *Ut inveniar in illo non habens meam justitiam*... Todos los verdaderos penitentes han obrado del mismo modo... *Ut meliorem invenirent resurrectionem*. Hay ahora la misma diversidad de conversiones, que al fin del mundo habrá de resurrecciones... *Beatus qui habet partem in resurrectione prima*. Y yo digo: ¡Dichoso quien tenga parte en la primera conversion!... Esta es la que Dios os pide...

11. Es ley de nuestra conversion el llevar despues de ella una vida nueva: *in novitate vite*... ¿En qué consiste esta nueva vida?... En que, á imitacion de Cristo, no se os conozca ni os conozeais á

vosotros mismos segun la carne... *Et si cognovimus secundum carnem Christum, sed nunc jam non novimus.*

12. Por eso vuestros cuerpos participan, ya en esta vida, segun el Apóstol, de la gloria de Jesucristo resucitado... Acordémonos, empero, que debemos cooperar... y redoblar nuestro temor y nuestra vigilancia... ¿Cómo debemos vivir ya? Como Jesucristo despues de su resurreccion... Por lo tanto *quæ sursum sunt quærite*... Vivid fuera del mundo, sin saliros de él...

Segunda parte: Jesucristo se apareció despues de resucitado para que, convertidos ya, nos aparezcamos á él para gloria suya, libre y espon-táneamente.

13. ¿Por qué Jesucristo difirió cuarenta dias su ascension triunfal?... Porque, como sus humillaciones y padecimientos, quiso emplear su gloria en nuestra justificacion: *Traditus est*, etc. No se contentó Jesucristo, dice san Juan Crisóstomo, con haber resucitado, sino que quiso aparecer como tal... Excelente leccion para nosotros...

14. Convertirse y aparecer convertido, son dos obligaciones diferentes, como el ser impío y el parecerlo son dos pecados... El parecer convertido, dice santo Tomás, es una parte de la conversion misma... Uno de los deberes del cristiano convertido es el de parecer lo que es... Se lo debe á Dios..., al prójimo..., y á sí mismo...

15. Lo debe á Dios, á quien ha ofendido... De lo contrario, ¿qué reparacion... Vuestros pecados han sido públicos, ¿y vuestra penitencia será oscura y oculta?... Aun cuando jamás hubiésemos pecado, Dios quiere que nos declaremos... Si el justo, dice san Juan Crisóstomo, está sujeto á esta condicion, ¿cuánto mas... La vida del pecador penitente debe ser una satisfaccion honrosa que da á su Dios... *Nequando dicant gentes*...

16. La conducta de Pedro, despues de su pecado, es digna de imitarse... ¿No es justo que... Vosotros debeis ser en el mundo lo que fueron los Apóstoles... Dios espera de vosotros un testimonio particular... *Eritis mihi testes*. Vosotros, hombres mundanos... Es cierto que hasta ahora habeis vivido en el pecado, pero... Así os hace Dios encontrar en vuestro mismo pecado un medio de honrarle.

17. Lo debe al prójimo, á quien ha escandalizado. Yo me debo á mí mismo mi conversion; á los demás les debo las muestras de ella

en reparacion de los escándalos... Sí, es preciso que el prójimo vea que no cultivais ya tal relacion..., que no frecuentais ya tal casa... Sin salirnos de nuestro misterio, hallarémos una prueba palpable de lo que os digo.

18. ¿Por qué Jesucristo se apareció resucitado? Se apareció á unos, dice san Agustin, para...; á otros... Os lo repito, cristianos, este es el divino modelo que debemos imitar para consuelo de los justos, para convertir á los pecadores, y convencer á los libertinos.

19. *Para consuelo de los justos*: ¡Cuántas almas santas no gimen delante de Dios pidiéndole gracia para vosotros!... Dios, por fin, las escucha, y así como vuestro pecado las entristeció, así tambien quieren con vuestra conversion consolarse... *Para convertir á los pecadores*: Hay en el mundo algunos... á quienes es preciso salvarlos, atrayéndolos..., y vosotros sois los mas á propósito para ello. Dios no dió esta comision ni á san Juan ni á María, que le fueron fieles, sino á san Pedro, que le habia negado: *Et tu aliquando conversus*, etc.

20. *Para convencer á los libertinos*: Si el apóstol santo Tomás, dice el papa san Gregorio, no hubiese sido jamás incrédulo, su predicacion hubiera sido menos edificante... Su incredulidad sola, dice san Juan Crisóstomo, nos habria perdido; su fe sola... Lo mismo os digo yo: Si vosotros...

21. Se lo debe á sí mismo. Afuera pretextos... Léjos de ser un mal el aparecer convertidos, será una ventaja para nosotros... El mundo, dice san Agustin, hablará segun sus máximas, y nosotros viviremos segun las nuestras...

22. El ser y parecer lo que debemos ser, es la gran moral que nos predica Jesucristo resucitado... Dichoso yo si os dejo no solo instruidos, sino convencidos de esas dos importantes verdades...

23. Nada hay mas glorioso, dice san Agustin, que el dejarse vencer por la verdad... Mostrad, Señor, que sois el Dios de la salvacion..., y derramad...

SERMON III

SOBRE LA RESURRECCION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram. (Rom. IV).

Fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.

1. En este testimonio de san Pablo se fundó san Bernardo cuando dijo que la resurrección del Hijo de Dios, que es propiamente el misterio de su gloria, había sido al mismo tiempo la consumación de su caridad para con los hombres. Y no se necesitan más pruebas de esta verdad que las palabras mismas de mi texto, puesto que ellas nos dan á conocer que fue por nuestro interés, por nuestra salvación y por nuestra justificación, por lo que aquel adorable Salvador resucitó y entró en posesión de su gloriosa vida: *Et resurrexit propter justificationem nostram*. Á juzgar por nosotros mismos, creeríamos desde luego que las cosas debían al menos dividirse, y que habiendo Jesucristo acabado en la cruz la obra de nuestra redención, no debía ya pensar sino en su propia grandeza, esto es, que, habiendo muerto por nosotros, no debía resucitar sino por sí mismo. Pero no, cristianos, el amor que nos profesa no podía consentir esta división. Jesucristo, dice san Bernardo, es un Dios, pero un Dios salvador, que quiere pertenecernos enteramente, y cuya gloria y beatitud debieron por consiguiente aplicarse á nosotros, lo mismo que sus humillaciones y sufrimientos: *Totus in usus nostros expensus*. (Bern.). Mientras sus humillaciones nos fueron útiles y necesarias, Jesucristo se humilló y anonadó; mientras fue preciso, para rescatarnos, que sufriese, se entregó á los tormentos y á la muerte. Pero, desde el momento que los decretos de Dios exigen que su humanidad sea glorificada, quiere que nos aprovechemos de su gloria misma; porque si resucita, prosigue el mismo san Bernardo, es para robustecer nuestra fe, fortificar nuestra esperanza, y reanimar nuestra caridad: es para resucitar él mismo en nosotros,

y para hacernos capaces de resucitar espiritualmente con él: en una palabra, habiendo muerto por nuestros pecados, resucita para nuestra santificación: *Et resurrexit propter justificationem nostram*. Ved aquí el misterio que celebramos, y que es hoy para la Iglesia universal objeto de alegría: misterio augusto y venerable, en el cual estriba no solo toda la religión cristiana, porque él es el fundamento de nuestra fe, sino también toda la piedad cristiana, porque debe ser la regla de nuestras costumbres. Hé aquí lo que me propongo demostraros, después que hayamos implorado los auxilios de la Madre de Dios, y la hayamos felicitado por la resurrección de su Hijo: *Ave María*.

2. Para entrar en mi objeto, permitidme, cristianos, que dé por supuesto lo que la fe nos enseña, y lo que debemos mirar como un punto esencial de nuestra Religión; á saber, que Jesucristo, al morir, nos justificó completamente, y que para volvernos á la gracia de Dios no faltó ningún mérito á su muerte. Pero, además de esto, dice san Juan Crisóstomo, necesitábamos un ejemplar y un modelo por el cual pudiéramos formarnos, y que tuviésemos siempre á la vista para trabajar en el cumplimiento de la gran obra de nuestra justificación, ó, por mejor decir, de nuestra conversión, á la cual, según los mandatos de Dios, debemos cooperar; y esto es á lo que el divino Salvador del mundo ha provisto con su gloriosa resurrección.

3. Bien sabéis, cristianos, y no debéis ignorarlo, puesto que es uno de los artículos de la misma fe que profesáis, que el pecado del primer hombre fue una presunción temeraria que le condujo hasta elevarse sobre sí mismo, hasta querer igualarse con Dios, estar iluminado como Dios, y parecerse á Dios: *Eritis sicut dii*. (Genes. III). Pero también sabéis la prudente conducta que Dios observó con el hombre, cuando, por un secreto sorprendente de su providencia, le dió por remedio lo que parecía haber sido la causa de su mal, y le obligó á santificarse por aquello mismo que le había hecho criminal: quiero decir, cuando ese Dios de gloria, encarnándose y humanándose, adoptó estados en que no solo le es permitido al hombre el querer asemejarse á Dios, sino que su mayor pecado es el no quererlo, y el no parecerse á él efectivamente. Ahora bien, ¿cuál es el estado que la Escritura nos designa con preferencia á todos los demás, en el que ha querido el Hijo de Dios que nos pareciésemos á él, y que no sería un crimen, sino un mérito y un deber el que le adoptásemos? El estado de su resurrección.

4. Por eso dice expresamente el gran Apóstol: Resucitó Jesucristo de entre los muertos á fin de que, santificados nosotros con su ejemplo, adoptásemos una nueva vida: *Et quomodo Christus surrexit à mortuis, ita et nos in novitate vite ambulemus.* (Rom. vi). Por lo demás, hermanos míos, añade san Juan Crisóstomo, estas palabras no son una simple instruccion del Apóstol, sino un oráculo del Espíritu Santo, que nos revela y nos da á entender los designios de Dios: de donde se deduce que no solo tuvo la resurreccion del Salvador en sí misma todas las cualidades necesarias para servirnos de modelo en nuestra conversion, sino que Dios quiso proponerla como tal, y este fue el objeto principal que se propuso al querer que Jesucristo resucitase: *Ut quomodo Christus surrexit, ita et nos ambulemus.* Por eso decia Tertuliano que los pecadores reconciliados y convertidos por la gracia son en cierto modo imágenes de la resurreccion de Jesucristo: *Appendices resurrectionis* (Tert.), que así es como los llamaba: y ¿por qué? porque todo pecador que se convierte y muda de vida debe expresar en sí mismo, por medio de una perfecta imitacion, los caractéres y rasgos que convienen á la humildad de Jesucristo en el estado de su resurreccion. Ved aquí ahora cuáles fueron estos caractéres; y ojalá que, por la comparacion que vamos á hacer, reconozcamos hoy lo que debemos ser delante de Dios: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni* (Luc. xxiv): el Señor ha resucitado real y verdaderamente, decian dos discípulos del Salvador hablando de su Maestro, y se ha aparecido á Pedro. Hé aquí las dos reglas que debemos seguir, pues en ellas consiste la conformidad que debe haber entre Jesucristo y nosotros. Jesucristo resucitó real y verdaderamente, para darnos idea de una conversion verdadera; y se apareció despues de resucitado, para darnos idea de una conversion ejemplar. Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos tambien nosotros; esta será mi primera parte: y se apareció despues de haber resucitado, á fin de que, cuando nosotros nos convirtamos, nos aparezcamos á él para gloria de nuestro Dios, libre y espontáneamente; esta será mi segunda parte. Lo uno sin lo otro, dice san Agustin, es defectuoso: porque el aparecer convertido y no estarlo efectivamente, es impostura é hipocresía; y el no aparecer, ó mas bien el temer aparecer como tal, es debilidad y respeto humano. Es preciso convertirse y presentarse como así: *Surrexit et apparuit.* Convertirse sinceramente, por una mudanza de costumbres que pueda sostenerse ante Dios: *Surrexit vere.* Aparecer convertido con una santa libertad, de modo que esta

conversion sea, segun el Evangelio, como una luz que brille delante de los hombres: *Et apparuit Simoni.* ¿Seré tan dichoso, cristianos, que pueda persuadirlos de estas dos importantes obligaciones? ellas constituyen la division de mi discurso.

Primera parte: Jesucristo resucitó realmente á fin de que realmente nos convirtamos tambien nosotros.

5. San Pablo lo ha dicho, y yo, al sentar mi primera proposicion, no me he propuesto mas que establecer un principio de religion de que no podamos dudar, á saber: que Jesucristo resucitó verdaderamente, y que sirviéndonos esta resurreccion de modelo, quiere Dios que nos convirtamos tambien nosotros real y verdaderamente. Pero aun debo añadir, como una consecuencia natural de este principio, que Jesucristo despues de haber salido del sepulcro no vivió ya como hombre mortal, sino como hombre celeste y resucitado, y que es una ley para nosotros el no vivir tampoco despues de nuestra conversion como hombres carnales y mundanos, sino con una vida enteramente espiritual, y conforme al dichoso estado á que son elevados por la gracia los hombres que sincera y sólidamente se han convertido. Y aquí teneis dos ideas á las cuales reduzco estas admirables palabras de la epístola á los romanos, que han de servirme por sí solas para probar las verdades que os predico: *Consepulti sumus cum Christo per baptismum in mortem; ut quomodo surrexit à mortuis, ita et nos in novitate vite ambulemus.* (Rom. vi). Hermanos míos, nosotros fuimos sepultados con Jesucristo por medio del Bautismo, para morir al pecado, á fin de que así como ese Dios salvador resucitó por su virtud omnipotente, así tambien seamos animados del mismo espíritu, é interiormente resucitados, para llevar esa vida nueva que es efecto de una verdadera conversion. Prestad atencion, cristianos, y no echeis en olvido una leccion tan necesaria: *Surrexit Dominus vere* (Luc xxiv), el Señor resucitó real y verdaderamente; principio, al cual, lo repito, vosotros y yo debemos atenernos desde luego para formarnos una justa idea de la conversion del pecador. No os admireis, amados oyentes míos, de que Jesucristo, segun nos cuentan los Evangelistas, se interesase tanto en probar, y en probar por sí mismo, su resurreccion. Los Apóstoles se sobrecogieron de terror cuando le vieron, porque creyeron ver un espíritu: *Conturbati et conterriti existimabant se spiritum videre* (Id.); y Jesucristo no podia permitir que permaneciesen en aque-

lla turbacion é incertidumbre. No, les dijo para convencerlos, no es un espíritu lo que tenéis delante, sino á mí mismo. Mirad mis piés y mis manos, tocad mis llagas, y entonces conoceréis que no soy un fantasma, sino un cuerpo sólido y real. Y ¿por qué, pregunta san Juan Crisóstomo, tuvo Jesucristo aquel cuidado tan exacto de hacer conocer á los Apóstoles la verdad de su resurreccion? ¡Ah! hermanos míos, responde el santo Doctor ya citado, porque además de las razones que tenia para obrar así, sabia bien la ley que se nos imponia desde entonces, y la obligacion que debíamos tener, en calidad de pecadores, de resucitar á la vida de la gracia, así como él habia resucitado á la vida de la gloria: *Ut quomodo surrexit, ita et nos in novitate vite ambulemus*. Ahora bien, era de temer que esta resurreccion espiritual de nuestras almas, en vez de ser una verdad, no fuese mas que una pura ficcion, y que, pasando por hombres convertidos, fuésemos interiormente todo lo contrario de lo que apareciésemos ser por fuera. Por eso Jesucristo no omitió nada para convencer á sus discípulos de que no habia resucitado en apariencia, sino efectivamente; queriendo que esta resurreccion verdadera nos sirviese de ejemplo y de modelo.

6. Cristianos, ¿comprendeis vosotros, habeis entendido alguna vez la fuerza de estas palabras: *Surrexit vere*? Pues voy á deciros lo que significan. Estas palabras se reducen á condenar tantas y tantas conversiones imaginarias, que no tienen de positivo mas que la máscara exterior, sin tener el fondo ni el mérito de tales. Porque, permitidme que os haga aquí una reflexion parecida en todo á la que hacia san Pablo, cuando instruía á los corintios sobre la resurreccion de los cuerpos: *Ecce mysterium vobis dico; omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur*. (II Cor. XIII). Hé aquí, hermanos míos, les decia, un importante secreto que voy á revelaros. Todos resucitarémos al fin de los siglos; pero no todos habrémos mudado. Con lo cual queria darles á entender que, aunque los réprobos, lo mismo que los elegidos, debian tener parte en la resurreccion futura, sus cuerpos no serian transformados como los de los elegidos, ni convertidos en semejantes al cuerpo glorioso de Jesucristo; diferencia terrible en la qual insistia el Apóstol, para inspirar á los fieles un terror saludable del juicio de Dios. Pero, por terrible que sea esta diferencia entre los réprobos y los elegidos, en el juicio de Dios, todavía voy yo á exponeros otra que, aunque inferior, no es sin embargo menos fatal al pecador, y que, sin esperar al fin de los siglos, la observamos ya hoy en el Cristianismo segun las diferen-

tes disposiciones de los cristianos para esta fiesta. Todos nosotros hemos celebrado la resurreccion de Jesucristo; pero yo no sé si todos habrémos sentido esa feliz mutacion que esta santa solemnidad, por una gracia que le es propia, debe verificar en nuestras almas. Al recibir el adorable sacramento del Salvador, todos hemos aparecido espiritualmente resucitados; pero tal vez ha faltado el renovarnos tambien todos, para poder en este dia, lo mismo unos que otros, dar ante Dios testimonio de que no somos ya los mismos hombres. Ved aquí el misterio; pero el terrible misterio que os anuncio, y sobre el cual cada uno de nosotros debe consultarse á sí mismo: *Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur*. (I Cor. XV).

7. Porque, confesémoslo de buena fe, y puesto que una experiencia desgraciada nos obliga á reconocerlo, no procuremos evitar la vergüenza que esto nos causa. El desórden capital que nunca se lamentará ni se reprenderá lo bastante, es el que en esta solemnidad de las Pascuas, abusando de la penitencia, que, segun los santos Padres, es el Sacramento de la resurreccion de los pecadores, mintamos tan á menudo al Espíritu Santo, engañemos al mundo, y nos engañemos á nosotros mismos. Sí, hermanos míos, hasta en el tribunal de la penitencia mentimos al Espíritu Santo, aborreciendo de palabra lo que amamos de corazon; diciendo que renunciamos al mundo, y no renunciando jamás á lo que conserva en nosotros el amor del mundo; haciendo á Dios promesas que no pensamos cumplir, y que en efecto no estamos resueltos á guardar; teniendo con Dios menos buena fe que tenemos hasta con el último de los hombres. Engañamos al mundo con esa exactitud que en este santo tiempo empleamos en cumplir los deberes públicos de la Religion; le engañamos con algunas buenas obras pasajeras, con una ostentacion de celo en los puntos en que debemos tenerle, sin que seamos mejores por eso, y en fin con algunas reformas que adoptamos, siempre limitadas por cierto, al paso que no hacemos ya nada por vencer nuestros hábitos criminales ni mortificar las pasiones que nos dominan. Nos engañamos tambien á nosotros mismos, confundiendo las inspiraciones y las gracias de conversion con la conversion misma; figurándonos que hemos cambiado, porque tenemos el deseo de ello, y alabándonos de haber alcanzado grandes victorias, sin que nos haya costado el menor combate; pero, como en materia de penitencia esto no es mas que ilusion y mentira, el Evangelio de hoy opone á todo esta sola regla: *Surrexit vere*, Jesucristo ha resucitado verdaderamente; y, por medio de ella, nos da á entender cuán apar-

tados estamos de las vias de Dios, puesto que entre nuestra nueva vida y la vida gloriosa de Jesucristo hay una oposicion tan monstruosa como la que se encuentra entre la ficcion y la realidad, entre el vacío y lo sólido, entre lo falso y lo verdadero. ¡Ah! amados oyentes míos, cuántas fantasmas de conversion, ó para valerme de las mismas palabras de san Bernardo, cuántas conversiones quiméricas podria manifestaros aquí, si me fuese permitido penetrar en lo interior de los corazones y descubriros su fondo! ¡Cuántas conversiones puramente humanas, cuántas interesadas, cuántas forzadas, cuántas inspiradas por un espíritu diferente del que debe guiarnos cuando se trata de volver al seno de Dios! conversiones fecundas, si se quiere, en bellos sentimientos, pero estériles en efectos; magníficas en palabras, pero desgraciadas en la práctica; capaces de deslumbrar, pero incapaces de santificar. ¡Cuántas conciencias se han presentado ante los altares á la manera de sepulcros blanqueados, ocultando todavía bajo su engañosa cubierta la podredumbre y la corrupcion! ¿Son estas las imágenes vivas de aquel Hombre-Dios que renació del seno de la muerte para ser, como dice san Pablo, el primogénito entre varios hermanos: *Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus?* (Rom. VIII). No, cristianos, no es así como podrémos merecer la dicha ni la gloria de parecernos á Jesucristo; aun nos falta algo mas, y es una conversion verdadera. Ahora bien, ¿qué es lo que se llama una verdadera conversion? Enteraos bien de esto: una conversion verdadera es una conversion de corazon y sin disfraz; una conversion sobrenatural cuyo principio, fin y objeto sea Dios. Permítaseme desenvolver estos dos importantes artículos en toda su extension.

8. Conversion sincera y sin disfraz, porque, como dice san Bernardo, ¿á qué fingir delante de Dios, que, habiéndonos hecho lo que somos, vé mejor que nosotros mismos lo que pasa y lo que no pasa en nuestro corazon? y ¿para qué fingir delante de los hombres, cuya estimacion no nos justificará jamás, y cuyo error en este punto ha de ser un dia la causa de nuestra confusion? Ved aquí por qué san Pablo, representando á los cristianos, como otras tantas obligaciones, las consecuencias que debian sacar de este misterio, insistia en la ley de que Jesucristo, nuestro cordero pascual, había sido inmolado por nosotros, y que debíamos celebrar esta fiesta, no con la vieja levadura, con esa levadura de disimulacion y de malicia que tal vez haya infectado hasta ahora nuestros corazones, *non in fermento veteri, neque in fermento malitiæ et nequitiae*, sino con es-

piritu de sinceridad y de verdad: *Sed in azymis sinceritatis et veritatis* (I Cor. v): y ¿por qué? Porque el Señor mismo habia dicho que la sinceridad de la conversion era la condicion esencial que debía darnos una semejanza santa con Jesucristo resucitado.

9. Y efectivamente, lo que nos pierde ante Dios, y lo que nos impide resucitar en espíritu, como Jesucristo resucitó segun la carne, es por lo comun una levadura de pecado que fomentamos en nosotros, y de la cual no procuramos deshacernos. Me explicaré con mas claridad. Nos reconciliamos con nuestros hermanos y perdonamos á nuestros enemigos, pero nos queda siempre una levadura de amargura y de disgusto que difiere poco de la ira y del aborrecimiento; rompemos una amistad criminal, pero no la rompemos de tal modo que no nos reservemos, por decirlo así, ciertos derechos, á los cuales creemos que no nos obliga á renunciar la ley divina, ciertos tratos que la honestidad y la honradez parecen autorizar, ciertas libertades que nos tomamos, lisonjeándonos de que no pasaremos mas adelante; y esto es lo que san Pablo llama la levadura del pecado: *Neque in fermento malitiæ et nequitiae*. Ahora bien; es preciso, hermanos míos, añade el Apóstol, que os purifiqueis de esta levadura, si quereis celebrar la nueva Pascua. Es necesario que os acordeis que, así como un poco de levadura, cuando está corrompida, basta para echar á perder toda la masa, así tambien lo que queda de una pasion mal extinguida, aunque amortiguada al parecer, puede destruir y anonadar todo el mérito de vuestra conversion: *Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio*. (I Cor. v).

10. Conversion sobrenatural y segun las miras de Dios; porque ¿qué valor pueden tener todos los respetos humanos ni todas las consideraciones del mundo, cuando se trata de resucitarnos á Dios y de reproducir de nuevo en nosotros el espíritu de la gracia, despues de haberle perdido? Se nos dice que el desórden en que vivimos puede ser un obstáculo á nuestra fortuna, que tal amistad nos hace despreciables, que tal ó cual escándalo nos vuelve odiosos, y en esto precisamente nos corregimos; se nos da á entender que la piedad podria servirnos para establecernos, y nos reformamos tambien en esto; pero ¿qué es una conversion semejante, aunque tenga desde luego todo el brillo de la mas exacta y sincera regularidad? Nos alejamos del mundo por un despecho secreto, por imposibilidad de alcanzar, por desesperacion de elevarnos á ciertos rangos que busca nuestra ambicion; dejamos la amistad con tal ó cual persona, porque estamos cansados de ella, porque hemos descubierto